PABLO DE TARSO

¿APÓSTOL O HEREJE?

PABLO DE TARSO

¿APÓSTOL O HEREJE?

La inquietante verdad sobre la identidad del auténtico fundador del cristianismo.

ANA MARTOS

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Pablo de Tarso, ¿apóstol o hereje?
Subtítulo: La inquietante verdad sobre la identidad del auténtico fundador del cristianismo.
Autor: © Ana Martos

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Maquetación: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-476-2

Índice

Prólogo 13

Capítulo I - Los pueblos sometidos 15
La muerte política de Grecia 16
De imperio de faraones a provincia romana 18
Fin de los Macabeos, la última esperanza de Israel 22
Una doctrina de resignación para la decadencia 26

Capítulo II - El cristianismo antes de Cristo 31
El mito es un espejo eterno 32
La herencia externa 40
Un monoteísmo indeciso 45
Una contrarreligión revolucionaria 50
Los misterios del Mediterráneo 57
El redentor prometido 65
El mito solar del dios salvador 70
El banquete totémico 75

Capítulo III - Los cristianos no cristianos 79
Los iniciados 79
El primer maestro de sabiduría 81
Ptah Hotep, el visir sabio 83
Zoroastro, la pureza 85
Buda, la renuncia 87
Confucio, el elegido 88
Pitágoras, la salud del cuerpo y del alma 89
Platón, la búsqueda del conocimiento 91
Epicuro, la búsqueda de la felicidad 92
Los terapeutas, sanadores de almas 93
Filón de Alejandría, un cristiano sin Cristo 96
La comunidad del Mar Muerto 101
Los esenios, ascetismo y santidad 105
Los gnósticos, la sabiduría 107
La biblioteca copta de Nag Hammadi 111
La Sabiduría tiene rostro de mujer 113
Las enseñanzas del Maestro de Sabiduría 119

Capítulo IV - Pero ¿quién fue Pablo de Tarso? 127
Lo que cuenta su biografía 130
Perseguidor de los cristianos 135
Desertor del judaísmo 138
Coetáneo de Jesús de Nazaret 142
Cuatro viajes que fueron otras tantas odiseas 145
De Jerusalén a Roma 150
Sí, pero ¿quién fue Pablo de Tarso? 158
Pablo, el gnóstico 160
Pablo, el esenio 167
Pablo y Tecla 170
Las mujeres callen en las asambleas 173
La enfermedad sagrada 174

Capítulo V - Diseño de una religión rentable 183
Un culto rentable 184
El objeto del culto 185
La línea a seguir 189
El colectivo 192
El apoyo social 195
La captación 197
El mantenimiento 198
Las Epístolas 200
El Apocalipsis 203

Capítulo VI - Los seguidores de Pablo de Tarso 215
Tiempo para el Mesías 222
El primer evangelio 226
Una iglesia disidente 230
Lucas, el gnóstico 235
Lucas, el ortodoxo 236
Veinticuatro mil manuscritos 241
El misterioso documento Q 245
La misión de Marcos 247
El cometido del cuarto evangelio 253
Las profecías en los *Evangelios* 254
Las contradicciones evangélicas 260

Capítulo VII - Evolución del Cristo de Pablo de Tarso 265
El Verbo se hizo carne y después se hizo Dios 266
El papel del Espíritu Santo 271
Un dios y tres personas 275
El lastre del judaísmo 278
Otro lastre: la Parusía 285
En busca del poder místico 286
En busca del poder temporal 292
No vine a traer la paz sino la espada 295
La atracción del dios-hombre 298
La paz de los dioses 301

El camino de la intolerancia 306
Persecuciones políticas, no religiosas 310
Cristianos a los leones 316
Un peligro para la paz de los dioses 322
El juramento y la ley 326

Capítulo VIII - Una religión a la medida del Imperio 335
El último lastre 338
Del episcopado democrático al monárquico 340
Un competidor persa 343
Las papeletas del cristianismo 345
Un emperador cristiano 348
Una negociación sustanciosa 351
El coste de las negociaciones 352
El camino directo al Imperio 357
La santificación de lo pagano 359
Un testimonio de primera mano 362
La documentación de lo indocumentable 366

Capítulo IX - Roma es nuestra 373
La envidia no perdía de vista nuestros bienes 374
De dioses a demonios 378
De demonios a santos 384
Un politeísmo encubierto 387

Epílogo 391

Obras de referencia 395

Cuantas más sectas haya, menos peligrosa es cada una;
la multiplicidad las debilita; todas son deprimidas por leyes justas
que prohíben las asambleas, siempre tumultuosas,
las injurias, las sediciones, y que están siempre
en vigor por la fuerza coactiva.

Voltaire, *Tratado de la tolerancia*.

Prólogo

Pablo de Tarso es un enigma. Antes de empezar a investigar sobre su persona, su doctrina y su identidad, la imagen que de él tenía era la de un cascarrabias misógino, probablemente impotente debido a profundos conflictos con la figura de la mujer, y creador de una doctrina totalmente opuesta a la de los *Evangelios*.

Pero después de investigar, de buscar datos dentro y fuera del ámbito cristiano, de consultar autores cristianos y no cristianos, creyentes y no creyentes, religiosos y ateos, después de contrastar su doctrina con las doctrinas y las creencias cristianas de cada momento histórico, su imagen ha cambiado totalmente.

Ya no es el individuo de talla corta, calvo, malhumorado, autoritario y furibundo, sino que su figura corretea por una escena de campos mediterráneos, en los que aparece y desaparece, siempre apresurado, siempre llegando a un punto para partir hacia el siguiente, alejándose hasta diluirse en el horizonte.

¿Quién fue Pablo de Tarso? ¡Qué poco sabemos de él y cuánto creíamos saber! Nos han contado tantas cosas, con tanto detalle,

con tales minucias, que creíamos conocer su biografía, su personalidad, su aspecto, su pensamiento, su doctrina. Pero apenas tenemos referencias ciertas pues, tan pronto sometemos a la razón y al análisis los datos sabidos, lo hasta ahora conocido se nos escapa y su imagen se desvanece en algún punto de la historia antigua.

Rescatar su figura de las brumas de la leyenda, de la novela, del relato y de la ficción ha sido tarea larga y compleja. Sin embargo, tampoco se puede asegurar que la información conseguida sea verídica. Después de tanto análisis y tanta búsqueda, su imagen se sigue esfumando, aunque, al menos, deja un rastro de lo que pudieron ser su personalidad y su ideario.

Capítulo I

Los pueblos sometidos

Las naciones son como las personas. Gozan de una etapa de juventud que puede o no ser esplendorosa; después llega un periodo más o menos largo de madurez que puede ser fructífera o vana; y finalmente alcanzan la decadencia que dura, según las circunstancias, un tiempo corto o prolongado hasta la total desaparición. Pero también, como las personas, las naciones tienen la oportunidad de perdurar en el tiempo y de, aun cuando desaparezcan, dejar señales imperecederas de su existencia. Y también algunas consiguen durante el periodo de decadencia un renacimiento más o menos duradero.

Algo así sucedió con Egipto, Grecia y Roma que disfrutaron de una época juvenil de máxima brillantez, tuvieron una madurez muy productiva y tras su decadencia y desaparición definitiva dejaron un rastro de cultura, sabiduría y arte que todavía hoy nos asombra. Y también sucedió algo extraordinario con el pueblo hebreo, que una vez conquistó la tierra de Canaán, que la perdió mil veces y ha vuelto a ella al cabo de los siglos.

La muerte política de Grecia

Alejandro Magno murió en 323 antes de nuestra Era. Antes de morir, en los pocos años que le tocó vivir, conquistó una gran parte del mundo y creó un imperio que implantó la cultura griega en tres continentes. Pero es frecuente que los hijos malgasten y despilfarren la fortuna que con tanto esfuerzo les legaron sus padres y, de la misma forma, aquel vasto imperio desapareció al poco tiempo de la muerte de su fundador porque sus sucesores, los llamados Diádocos, primero se lo repartieron y después lo desbarataron luchando unos contra otros hasta disgregarlo, debilitarlo y dejarlo casi inerme a merced de nuevos conquistadores, nuevas naciones que llegaron con todo el vigor y el entusiasmo de la juventud, dispuestas a devorar el mundo.

En 217 antes de nuestra Era, dos de estas nuevas naciones fuertes y poderosas chocaban con estrépito haciendo vibrar el Mediterráneo. Roma y Cartago se disputaban con saña la hegemonía que un día perteneciera a Egipto o a Grecia.

Pero ni Egipto ni Grecia escucharon el estruendo de las Guerras Púnicas y ninguna de ellas se apercibió de que Roma se dibujaba ya como heredera del imperio descuartizado de Alejandro. El destino la estaba sin duda señalando con dedo firme, pero las otras naciones no vieron la señal. El motivo de tal sordera fue el que ha propiciado las grandes invasiones a lo largo de la Historia. Sus dirigentes disputaban entre sí, empleando toda su energía y todos sus recursos en combatir cada uno al otro y el murmullo que levantaban les impidió oír la estridencia de las armas romanas y cartaginesas.

Grecia nunca fue un país, sino un conjunto de estados y ciudades-estado que se aliaban o se enfrentaban según las circunstancias. Y, en la época de la que hablamos, la semilla de la discordia llevaba ya largo tiempo fructificando, propiciando la decadencia y la debilidad. Las ciudades griegas eran más enemigas entre ellas de lo que podían serlo de cualquier posible enemigo o invasor extranjero. Cuenta Polibio que era tanta la inquina que cada Estado guar-

Los Diádocos

Alejandro Magno murió antes de que naciera su hijo Alejandro IV, el heredero legítimo de su colosal imperio. Eso dio lugar a una intensa lucha entre aquellos de sus generales que eran partidarios de mantener la unidad del territorio conquistado y los que creían más acertado dividirlo en zonas geográficas que facilitaran su gobierno. Finalmente lo dividieron y se llamó período de los Diádocos a la etapa en la que los generales de Alejandro se repartieron las satrapías, las jefaturas y los poderes reales del imperio.

Cuando nació el hijo póstumo de Alejandro quedó confinado junto con su madre bajo la tutela de los generales. El ejército llegó a proclamarle rey, pero no vivió lo suficiente para reinar, porque el más audaz y ambicioso de los Diádocos, Casandro, asesinó al niño y a la madre y se proclamó rey.

El imperio se debilitó por las continuas luchas entre los generales y los constantes cambios de poder, que llegaron a desestabilizar las ciudades y a dejar sin recursos y en total bancarrota a territorios que, como Egipto, habían conocido el mayor poder y esplendor de la historia.

daba para los demás, que parecía como si hubieran decidido exprimir hasta la última gota de sangre y explotar hasta el último ápice de energía e invertirlas en destruirse y eliminarse mutuamente, de forma que no quedara el menor rescoldo de fuerza cuando llegara el nuevo extranjero invasor.

Este historiador griego objetivo y riguroso cuenta como Agelao peroraba ante los griegos reunidos en Naupacta, les exhortaba a poner fin a sus pueriles diferencias y a unirse para velar por la salud común, porque en Occidente se veían crecer y amontonarse temibles nubes de tempestad que pronto vendrían a descargar sobre sus cabezas.

En vano trató Agelao de convencerles, pues, aunque sus palabras conmovieron a los presentes, pudo más el peso de los odios hereditarios y las contiendas seculares que las recomendaciones de la prudencia. Argumentó que si todas las naciones helénicas se considerasen un cuerpo, con Macedonia como cabeza, y armasen sus múltiples brazos con espadas y lanzas, el suelo sagrado de Grecia se vería libre. Pero si

continuaban desgastando sus exiguas fuerzas en ataques y escaramuzas, el vencedor de aquella lucha de titanes que se desarrollaba en el Mediterráneo, fuera cual fuera, volvería antes o después su mirada ávida de riquezas hacia el mundo griego.

Mientras, Roma aguardaba el momento oportuno. Los enfrentamientos entre las ciudades griegas y, dentro de cada ciudad, entre los distintos partidos, eran precisamente lo que los romanos necesitaban para tener suficiente tiempo para deshacerse del enemigo cartaginés, rearmarse y dirigirse, sin vacilaciones, hacia lo que quedaba de aquel gigante exhausto y decadente que era el mundo heleno.

Pero el mundo heleno, lejos de seguir los consejos de los que, como Agelao, pedían unidad y entendimiento, empezó a ver en Roma la posible solución a sus viejas querellas y, tan pronto se presentaron en Grecia las primeras legiones romanas, se formó un partido a su favor[1].

Así cavaron los griegos su propia tumba con sus propias manos, porque los romanos, guerra tras guerra, batalla tras batalla e invasión tras invasión, fueron borrando del mapa uno a uno los estados griegos y convirtiéndolos en provincias o en regiones sometidas, eliminándolos para siempre de la lista de países del mundo.

Así murió Grecia, pero solo políticamente, porque Roma, que capturó a Grecia por las armas, fue capturada por ella por el espíritu. La cultura, la filosofía, la religión y el pensamiento helenos no solamente apresaron a Roma, sino que conquistaron, a través de ella, todo Occidente.

De imperio de faraones a provincia romana

Los griegos eran soberanos de Egipto desde la conquista de Alejandro Magno, en el siglo IV antes de nuestra Era. En el reparto del Imperio que se llevó a cabo a la muerte del macedo-

[1] Polibio de Megalópolis, *Historia Universal bajo la República Romana*.



Ruinas del templo de Apolo en Delfos
Los Estados griegos desaparecieron de la lista de naciones para convertirse en provincias romanas, pero la muerte de Grecia fue solo política porque su cultura conquistó a Roma y a todo Occidente.

nio, Egipto correspondió a Tolomeo quien estableció la capital en Menfis, aunque él y sus sucesores prefirieron residir en Alejandría donde reposaban por entonces los restos de Alejandro y donde se estableció el centro económico y político del país.

Aunque Tolomeo trató de mantenerse al margen de las guerras encarnizadas que se produjeron entre los restantes generales de Alejandro, sus herederos terminaron por involucrarse en ellas, porque las querellas se propagaron a sus sucesores y a los sucesores de estos.

En el siglo III antes de nuestra Era, Tolomeo III se autoproclamó «dueño del Mediterráneo y del Mar de la India» porque había conseguido con sus victorias y las de su antecesor Tolomeo II dar a Egipto la hegemonía del Mediterráneo y llevarlo al apogeo de su poder y su riqueza. En aquella época, Alejandría reunía en su Museo y en su Biblioteca a los intelectuales más destacados del momento, que acudían llamados por el esplendor de la ciudad y las excelentes retribuciones que se ofrecían a los artistas, científicos, filósofos y literatos.

Hacia el año 50 antes de nuestra Era, Roma sufrió una grave crisis financiera. Un problema que el triunvirato, entonces gobernante, formado por César, Pompeyo y Craso, decidió solucionar echando mano de los recursos, casi míticos, de Egipto. Quiso la casualidad que, por aquellos días, el pretendiente al trono egipcio, Tolomeo Auletes, requiriese la ayuda de sus buenos amigos romanos para resolver un conflicto familiar y, para que su demanda no cayese en saco roto, la apoyó con una importante suma de dinero más el regalo de una interesante propiedad, Chipre. Con ello consiguió no solamente el apoyo de Roma para convertirse en Tolomeo XIII, sino la consideración de amigo y aliado.

Murió Craso luchando contra los partos y los restantes triunviros. César y Pompeyo, se enfrentaron en una guerra civil que terminó trágicamente para todos. Pompeyo cometió el lamentable error de refugiarse en Egipto huyendo de las iras de César y Tolomeo cometió otro error mucho más lamentable: hacerle cortar la cabeza, creyendo que así César le estaría eternamente agradecido. Un error que le costó el trono, porque César corrió enfurecido a

Periodo helenístico

Se llama período helenístico a la etapa histórica de Grecia y del helenismo después de Alejandro Magno. «Helenístico» significa griego o casi griego. Tras las conquistas de Alejandro, los griegos se repartieron por Asia y Egipto, llevando consigo su cultura y difundiendo su ciencia y su filosofía, enriquecidas por las aportaciones e interpretaciones de otros pueblos y otras razas.

Alejandría, allí se dejó enredar por la hermana de Tolomeo, Cleopatra, se casó con ella y terminaron ambos reinando en Egipto.

Al año siguiente, César murió asesinado en Roma y se formó un nuevo triunvirato entre Octavio, Lépido y Marco Antonio. Un segundo triunvirato que terminó igual que el primero. Lépido murió y Octavio y Marco Antonio se enfrentaron por tierra y por mar, después de repartirse el mundo en oriental y occidental y después de que Marco Antonio se dejara asimismo prender en las redes de seducción de Cleopatra, que estaba dispuesta a todo con tal de convertir su reino en el más poderoso del mundo.

Todo acabó en el mayor de los desastres. Octavio venció a Marco Antonio en Actium. Él y Cleopatra se suicidaron en Alejandría para no oír el estrépito de las legiones de Octavio pisando suelo egipcio. Así quedó el otrora poderoso imperio de los faraones incorporado a Roma como una provincia más. Una provincia más del nuevo imperio que se dibujaba ya con el perfil arrogante de su primer emperador, Octavio Augusto, y que vino a heredar el esplendor y el poder de dos antiguos imperios ya sometidos. Pero para el pueblo de Roma, aquello terminó con su libertad democrática, porque Augusto, como se le conoció desde entonces, se arrogó el poder absoluto y no compartió con el Senado más que el poder administrativo. Después de someter a tantas naciones, la misma nación romana quedó sometida a un solo poder: el del emperador.

Fin de los Macabeos, la última esperanza de Israel

Para el pueblo judío la causa de las calamidades, invasiones y exilios que le tocó sufrir fue que se apartara de la ley de Dios. Dios se había revelado a Abraham como Yahvé y había establecido con él una alianza que duraría por los siglos de los siglos, según la cual, el pueblo hebreo tendría derecho divino a la tierra de Canaán y, a cambio, debía aceptarle como único dios nacional. Para firmar el pacto, Abraham aceptó el rito de la circuncisión que diferenciaría siempre a los judíos de los demás pueblos, los cuales se convertirían desde entonces en «los incircuncisos», los «gentiles».

Pero los judíos no siempre fueron fieles a Dios, porque muchas veces se dejaron influir por los demás pueblos y cometieron abominaciones para ellos tan imperdonables como la idolatría. Y esas faltas les acarrearon castigos divinos en forma de catástrofes, invasiones, humillaciones, éxodos y diásporas.

En el siglo VI antes de nuestra Era, Nabucodonosor los llevó prisioneros a Babilonia. Tiempo después, Ciro les devolvió la libertad y restauró la nación hebrea, tras de lo cual, muchos se establecieron en Mesopotamia, otros en Egipto y otros se dispersaron por todo el Mediterráneo.

Cuatro siglos más tarde, los seleúcidas, descendientes de otro de los generales de Alejandro, Seleuco, que llevaban muchos años enfrentándose a los de Tolomeo, conquistaron la tierra prometida a la que Moisés, según la tradición, condujera un día al pueblo hebreo. Antíoco III, rey seleúcida, venció a Tolomeo V y Judea pasó a manos de esta dinastía. A partir de entonces, todo fue de mal en peor hasta que Matatías, el sumo sacerdote judío, se rebeló contra el opresor y juró que, aunque todos los demás le obedecieran, él y sus hijos solamente obedecerían a Dios.

Pero aquello no quedó en palabras. Cuentan que, mientras el sacerdote se enfrentaba a los esbirros del rey Antíoco, vino un judío a ofrecer un sacrificio a los dioses griegos y Matatías, enfurecido, levantó su espada y le decapitó allí mismo sobre el altar profanado. Y, no teniendo ya nada que perder, degolló al comisa-

rio del rey. Acto seguido, huyó con sus cinco hijos al monte donde se le fueron uniendo otros judíos que no estaban dispuestos a tolerar el escarnecimiento de su Ley. Con el tiempo, se organizaron y al año siguiente, cuando murió Matatías, coronaron rey de Judea a su hijo mayor, Judas Macabeo.

Fue una buena elección porque el hijo de Matatías condujo a su pueblo a la victoria. En 163 antes de nuestra Era, Jerusalén había sido liberada y purificada y el Templo se había vuelto a consagrar. Pero los días de vino y rosas no fueron largos, como bien señala la misma *Biblia*. Al año siguiente, Antíoco IV se enfrentó a Judas Macabeo y así siguieron las luchas durante años, hasta que Judas Macabeo murió en batalla y el rey seleúcida Demetrio I nombró gobernador de Judea a Jonatan, el hermano del héroe fallecido. Además de gobernador Jonatán fue sumo sacerdote, el primer sumo sacerdote Macabeo.

El reino Macabeo alcanzó la cúspide del poder en 103 antes de nuestra Era, siendo Alejandro Janneo gobernador de Judea. En aquella época, los judíos habían sometido Samaria e Idumea, sus dos grandes enemigos, y habían conquistado Galilea. Habían destruido el templo samaritano y habían obligado a los idumeos a adoptar el judaísmo. Es importante retener este dato y saber que el pueblo idumeo fue siempre considerado enemigo por el pueblo judío, a pesar de haber adoptado aquel su religión y su ley. Y es importante porque un día vendría de Idumea un gobernador que rigió los destinos del pueblo judío a pesar del odio y del rechazo: Herodes el Grande.

El poder de los Macabeos terminó de un plumazo cuando Pompeyo, el general que gobernó Roma junto a César y Craso, derrotó a Antíoco XIII, acabó con el reino seleúcida y tomó Jerusalén. Hasta entonces, los griegos venían considerando a los romanos unos bárbaros sin civilizar y los judíos ni siquiera se habían enterado de su existencia. Pero, en 64 antes de nuestra Era, Pompeyo anexionó Siria a Roma como otra de sus provincias y luego marchó con su ejército a Judea donde únicamente encontró resistencia en Jerusalén.

Herodes el Grande

Todo cuando hemos leído de Herodes el Grande procede de historiadores judíos, como Flavio Josefo, y puesto que le consideraron enemigo, no es fácil saber si fue realmente tan malvado como le han descrito. Lo que sí sabemos es que durante su reinado hubo paz y prosperidad en Judea, que reconstruyó el país devastado por guerras e invasiones, y que engrandeció el Templo.

Por otro lado, Herodes se ganó nuevas enemistades al exigir que la religión quedara al margen de la política. Pero hay que tener en cuenta que con ello pudo evitar nuevas represalias de Roma, al impedir nuevas rebeliones político-religiosas. Recordemos que el pueblo judío no se caracterizaba precisamente por su prudencia y estaba siempre dispuesto a alzarse contra el invasor extranjero, convencido de que Dios daría la victoria a su pueblo elegido, como había sucedido en tiempos de Judas Macabeo, vencedor de los seleúcidas. Pero los romanos no eran los seleúcidas, decadentes y debilitados, sino que eran una potencia pujante y arrogante que no toleraba desórdenes. Herodes sabía muy bien con quien se enfrentarían si se levantaban contra Roma y puso todo su empeño en evitar una venganza mortal como las que tomaron años después Tito y Adriano contra los judíos.

Herodes tomó por esposa a Miriam, de la familia de los Macabeos, para fusionar el linaje Macabeo con el suyo, el idumeo, tan odiado. A pesar de que la amaba tiernamente la hizo asesinar por celos y nunca pudo sobreponerse al sentimiento de culpa que su mala acción le produjo. Aunque se volvió a casar hasta diez veces, no consiguió olvidar a Miriam y con el tiempo se fue consumiendo entre la melancolía y los temores paranoides. Unos temores, fundados o infundados, que le llevaron a ejecutar a varios de sus hijos, hasta el punto que se cuenta que Augusto comentó que prefería mil veces ser el cerdo de Herodes antes que uno de sus hijos. Murió en el año 4 antes de nuestra Era, odiado y vilipendiado por sus súbditos judíos.

Sin embargo, a pesar de tanto odio y resentimiento, ningún escritor ni historiador judío menciona la matanza de los inocentes de que habla el Nuevo Testamento. Ni siquiera Flavio Josefo, que vertió sobre él todo su rencor, dice una palabra al respecto.



El sacrilegio de Pompeyo
Pompeyo fue el general romano que incorporó Palestina a Roma como parte de la provincia de Siria, tomada al reino de los seleúcidas. Al entrar en Jerusalén quiso contemplar los misteriosos ritos de adoración del Templo y se atrevió a entrar, a pesar de ser gentil y además en el día santo de la Expiación, agraviando con su profanación al pueblo judío.

Pompeyo no tuvo prisa alguna. Nada le apremiaba. Sabía que la conquista de aquella ciudad antigua y venerable era cuestión de estrategia. Construyó rampas y colocó máquinas de asedio con la tranquilidad de saber que nadie le atacaría, porque tuvo la precaución de hacerlo aprovechando la inacción del *sabbath*. Y ya solo tuvo que esperar al *sabbath* siguiente para lanzar el ataque. En el día sagrado, los judíos no tomarían por nada del mundo la iniciativa de un ataque. El *Éxodo* (34,21) prohíbe tajantemente trabajar en sábado. Solamente se defenderían si los atacaban, pero la defensa llegó tarde porque Roma lo tenía todo dispuesto.

Un siglo después de que Matatías se levantase contra el invasor Seleúcida, Judea se había convertido en una provincia romana.

Una doctrina de resignación para la decadencia

Hemos asistido al fin de tres naciones, a la humillación de tres pueblos y al sometimiento de tres reinos. Afortunadamente asistiremos también a la integración de tres culturas. Tres culturas que se unieron para impregnar un periodo de la Historia en el que tres pueblos sufrieron el agravio de la invasión romana.

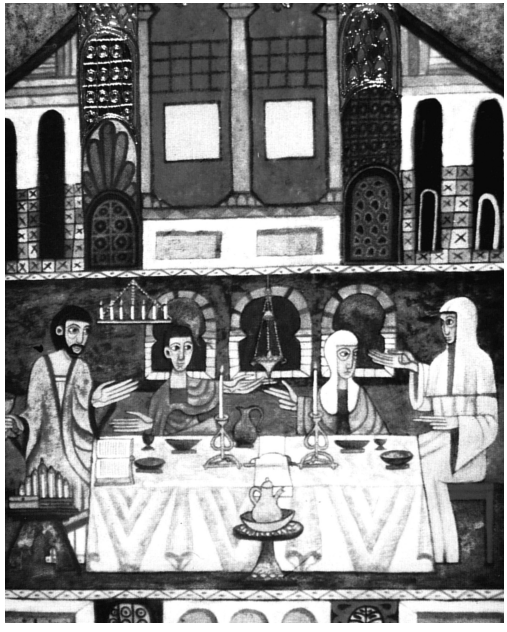
Estas tres culturas: griega, egipcia y hebrea, se reunieron en Egipto, porque allí fue donde se realizó el encuentro entre Oriente y Occidente, la fusión de tres pueblos heridos de muerte por Roma, que se fundieron en uno solo para llorar la libertad y la esperanza perdidas.

Gaetano Negri, historiógrafo, literato y político milanés del siglo XIX, escribió en su libro *La crisis religiosa* (ediciones Dumolard, Milán, 1878) que cuando el ser humano es incapaz de renunciar a la felicidad y esta se le escapa, solamente le queda llevarla a otra vida trascendental.

Según este autor, para conseguir salir de una condición francamente miserable y poder aceptar una realidad tan inaceptable como la maldad del mundo en que vivimos, no tenemos más remedio que echar mano de una esperanza de felicidad en un mundo futuro. Eso es, sin duda, la base psicológica de la mayoría de las religiones.

En un momento, por tanto, de calamidades y desilusiones, el mundo estaba pidiendo a gritos una filosofía del dolor, una doctrina de resignación, pero no de resignación gratuita, sino de resignación presente con vistas a una recompensa futura. Una doctrina que despreciase un presente ignominioso y ofreciese un futuro reconfortante. Un consuelo para todos los afligidos, los humillados, los escarnecidos, los desposeídos, los desesperanzados.

Los judíos lo sabían muy bien. Habían soportado numerosas invasiones, humillaciones, destrucciones y expulsiones a lo largo de su historia. De hecho, Jerusalén ha sufrido sitios, tomas, destrucciones y saqueos desde el siglo X antes de nuestra Era y el Templo, el Templo con mayúsculas, ha sufrido profanaciones, saqueos e incendios en numerosas ocasiones[2].



El *sabbath*
Es el día sagrado de los judíos, correspondiente a nuestro sábado, que se inicia a la puesta del sol del viernes y finaliza a la puesta del sol del sábado. El *sabbath* era un festival babilónico de luna llena que los judíos incorporaron a sus tradiciones durante su exilio en Babilonia. Forma parte de la alianza establecida con Yahveh y de ahí su observancia rígida. Adán fue desterrado la víspera del *sabbath* y la humanidad volverá a entrar en el Edén a través del *sabbath.*

El pueblo de Israel lleva muchos años esperando al Mesías, al ungido, al enviado, al siervo de Dios elegido para proclamar la libertad de los cautivos, la amnistía de los prisioneros, el consuelo de los que lloran, la alegría de los enlutados, la venganza de Yahveh, la salvación y la recompensa para la hija de Sión. Así lo dice la profecía de Isaías.

En el siglo I antes de nuestra Era, por tanto, desaparecido el estado judío independiente, el pueblo esperaba con mayor anhelo que nunca la llegada del libertador. Hubo un momento en que creyeron que Judas Macabeo podía ser el Mesías, pero la profecía decía muy claro que había de descender de la casa de David, que aniquilaría al enemigo y que establecería un reino ideal en la tierra, cuya capital sería Jerusalén.

---

2 El Templo era el único lugar de adoración para los judíos. Se reunían en las sinagogas para discutir asuntos de la Ley.

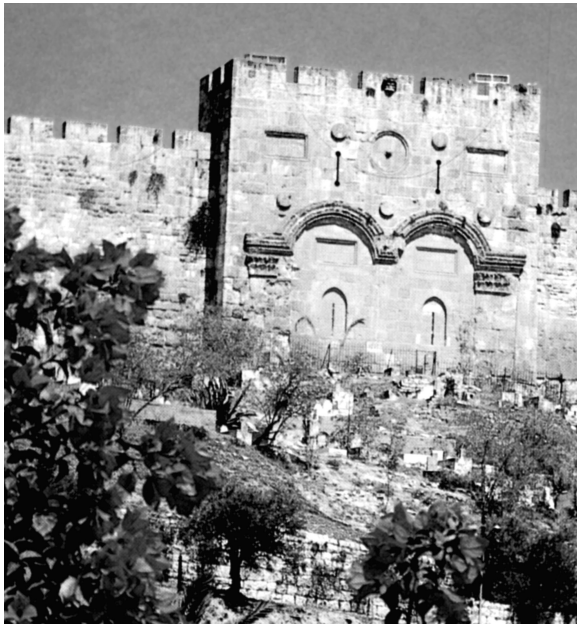
Surgieron por entonces numerosos mesías en respuesta a la necesidad de libertad del pueblo judío, pero el mismo Herodes se ocupó de aniquilarlos a medida que brotaron. Herodes debió tener muy en cuenta el peligro que suponía para los judíos la provocación de un mesías enfrentado a Roma y capaz de arrastrar a las masas a la lucha y, lógicamente, a la muerte.

Además de los mesías, florecieron en Judea varios grupos extremistas que pretendían matar a todo romano que se atreviera a invadir el recinto del Templo. Su finalidad, como es lógico, era liberar Judea por la fuerza. Pero su fuerza era infinitamente pequeña al lado de la gran potencia en que se había convertido Roma. Y Herodes, suponemos que siempre intentando hacer de barrera entre Judea y Roma, hizo ejecutar sin juicio al primer jefe del grupo más fiero, los zelotes o cananeos. Muerto el jefe, creyó Herodes que los extremistas se disgregarían, pero no fue así, sino todo lo contrario. Se creó un ala mucho más extremista de terroristas que consideraban el asesinato y el pánico un instrumento político. Como llevaban siempre una daga llamada sica, se les aplicó el nombre de sicarios.

Isaías había profetizado la venida de un rey fuerte, ideal, enviado por Dios para liberar a su pueblo y dominar sobre todas las naciones del mundo. Isaías describió un futuro ideal para alentar a los judíos sojuzgados por los asirios. Un aliento que el pueblo revivió durante la deportación a Babilonia y que retomó con gran brío en tiempos de la dominación romana. Flavio Josefo dio cuenta de los numerosos mesías que encabezaron revueltas y sediciones contra los romanos, aunque él no los consideró mesías, sino insurrectos, y describió las masacres que tuvieron lugar al reprimir Roma los constantes brotes de rebelión.

Pero el libertador judío no acababa de llegar y cuantos intentaron encarnarle sucumbieron, ya fuera a manos de su propio rey, Herodes, o a manos de los romanos.

Además, las esperanzas de los judíos no se podían trasladar a una vida futura, porque todo cuando había de sucederles les sucedería en esta vida. Los autores de la *Biblia* no mencionan el alma ni el más allá, sino que los premios y los castigos se reciben en este



La Puerta de Oro
De las ocho puertas situadas en la muralla de la ciudad antigua de Jerusalén, solo la Puerta de Oro permanece cerrada desde que los turcos la sellaron siglos atrás. Se llama también Puerta de la Gracia porque el Mesías ha de entrar por ella.

mundo. Toda la literatura apocalíptica que floreció a partir del año 200 antes de nuestra Era habla de catástrofes terrestres, de juicios universales, de castigos y de reinos ideales situados aquí en la tierra.

Por tanto, mientras las filosofías griega y romana iban tomando cariz de religiones para reemplazar a aquellas religiones politeístas que ya no ejercían influencia mística sobre las gentes decepcionadas de todo, el pueblo judío veía frustrarse sus esperanzas una y otra vez, a medida que veía caer la cabeza de uno de sus líderes al que incluso había llegado a considerar su esperado Mesías.

Flavio Josefo describe en sus *Guerras de los judíos* las revueltas que se producían constantemente en Judea. Estos hechos terminaban en verdaderas matanzas y en suicidios de los que no se resignaban a perecer a manos de los soldados de Roma.

Pero el libertador que con tanto anhelo esperaba el pueblo judío no solamente no llegó, sino que hoy, al cabo de más de veinte siglos, la Puerta de Oro, la que solamente el Mesías podrá abrir en la muralla de la ciudadela de Jerusalén, permanece cerrada a cal y canto.